

Escribieron de este siervo de Dios los PP. Luis de Valdivia, Pedro de Rivadeneira y Felipe Alegambe en el *Catalogus Martyrum Societatis*. Célebrenle también Gerardo Montano en su *Centuria*, con un elegante epigrama:

*Te faecunda alio cinaloa sub axe tenebat
Frangentem patrios, numina vana, Deos.
Iniecere manos Indi dum candida magnum
Roriferis coelum luna teneret equis.
Altaque de teneris vulserunt brachia membris,
Et sacrum ferro desecuerunt caput.
Sanguinolenta novum coelo libitina patenti
Addidit, et stellis, te moriente, decus.*

P. NIEREMBERG.

P. MARTIN PEREZ

POR muy reconocida y obligada se debe tener la provincia de Cinaloa, y su dilatada cristiandad en los reinos de la Nueva España, al venerable P. Martín Pérez, que, con el santo mártir P. Gonzalo de Tapia, fué el primer pregonero evangélico que entonó la sonora voz de su predicación en aquellos últimos términos de la tierra, y sembró en aquella inculta gentilidad la semilla del Evangelio, que cultivada con los inmensos trabajos de este apostólico varón, ha llevado los frutos sazonados que goza el cielo y la tierra. Porque antes de su muerte vió y gozó este operario evangélico extendida esta cristiandad en distrito de más de cien leguas y por casi todas las naciones que pueblan aquella provincia.

Nació el P. Martín Pérez en la Nueva España, en una villa de la Nueva Vizcaya, llamada S. Martín, la cual fué muy conocida y estimada en un tiempo por su mucho comercio y trato de plata que se sacaba de ella.

Fuó hijo de personas principales y de las más hacendadas de aquella comarca, y tan cuidadoso su padre del bien de su hijo, que, con ser el primogénito y heredero de sus riquezas, le envió aún siendo pequeño á la ciudad de Méjico, para que en ella aprendiese virtud y letras, y fuese digno Ministro de la Iglesia.

Muy á los principios de sus estudios dió muestras de singular ingenio, pues en solos catorce meses supo latinidad con tantas ventajas, que al cabo de ellos pasó á estudios mayores, oyendo el curso de Artes.

Fuó discípulo del insigne Dr. P. Pedro de Ortigosa, de nuestra Compañía, reconocido en la Nueva España por maestro general de aquel reino; y, estando oyendo Filosofía, le llamó el Señor á la Compañía, para que estudiara otra más levantada de la humildad religiosa.

Fuó recibido por junio de 1577, y atendió en su noviciado á no ser ménos cuidadoso en aprender los primeros rudimentos del espíritu, que lo había sido en los de la lengua latina, pues si estos supo en catorce meses, en el espíritu se adelantó tanto en solos quince, que al cabo de ellos le juzgaron los Superiores por suficiente para enseñar á otros virtud y letras, y así le enviaron á leer las humanas al colegio de la ciudad de los Angeles, que entónces se fundaba, y con esta ocupación prosiguió despues en el de Méjico, donde dió muestras de tanta prudencia, que su cordura y madurez era superior á sus pocos años.

Por ella, siendo de solos veinte y uno, hicieron tan grande confianza de él los Superiores, como fué entregarle el gobierno del colegio seminario, que entónces con título de S. Pedro, y al presente de S. Ildefonso, ha florecido en virtud y letras en la ciudad de Méjico. Gobernólo por espacio de dos años, y despues fué Ministro en el colegio de la Puebla.

Y aunque por estas prendas parece podía servir á nuestro Señor y á la Compañía por camino de gobierno, dispuso Dios llevarle por otro diferente, aunque muy glorioso para los hijos de la Compañía de Jesús, que tanto estima el ejercicio apostólico de las misiones.

Ocupóse el P. Martín Pérez en varias partes de la Nueva España en este ministerio, en especial entre los indios chichimecas, cuya reducción y conquista dió mucho en que entender á los españoles. Estas misiones fueron como ensayos de los gloriosos empleos que esperaban á este siervo de Dios en Cinaloa, para cuya espiritual conquista fué señalado el año de 1590, en que entró en ella.

El estado miserable de la tierra, los pocos cristianos que en ella vivían, los alborotos de guerra que la inquietaban, la fiereza de las gentes que debajo del pesado yugo de Satanás miserablemente perecían, la penuria y falta de todo lo necesario para la vida humana, con que pasaban sus habitantes, que á veces tenía por vianda este apostólico varón frutas silvestres, raíces amargas y aún á veces llegó á comer langostas; dificultaban esta empresa.

Con esta y otras incomodidades, que necesariamente acompañan las primeras entradas del Evangelio en tierras tan distantes y apartadas, fundaron

el P. Martin Perez y su compañero el santo mártir P. Gonzalo de Tapia las misiones de Cinaloa, entablándolas desde sus principios en tanta religion de los ministros que se ocupan en ellas, que derivándose de los unos en los otros, han quedado señalados ejemplos de virtudes apostólicas y evangélicas hazañas que imitar, y á que se acomodan los religiosos que de nuevo van á ellas; frutos todos de estos señalados varones misioneros, que escogió Dios para tanta gloria suya, y los primeros que para conversiones de gentes bárbaras destinó la Compañía en el reino de la Nueva España.

Cuando los indios dieron la muerte al P. Gonzalo de Tapia, quedó el Padre Martin Perez con todo el peso de la provincia de Cinaloa, visitando, catequizando y bautizando tanto número de almas y en tanta distancia de pueblos, que hoy se ocupan seis Padres en lo que entónces él solo administraba.

Fundó este insigne varon muchos pueblos, sacando para esto los indios montaraces de las inaccesibles breñas en que habitaban, reduciéndolos á trato y policía humana; instruyólos en los misterios de nuestra santa fe, é impúsolos en el uso de los santos Sacramentos, para cuya administracion edificó iglesias, que, aunque á los principios por la dificultad y falta de todo lo necesario, fueron de madera; pero despues, andando el tiempo, el P. Martin Perez fué de los primeros que las procuraron edificar de dura: obra para aquellos tiempos muy de alabar, y los que atentamente la consideraren, ó por experiencia supieren la pobreza de la tierra, la rusticidad de sus moradores, las muchas ocupaciones del Ministro evangélico, y poca ó ninguna ayuda de instrumentos necesarios para edificar, tuvieran sin duda por mayor hazaña el haberse levantado cuatro paredes de tierra y un techo y azotea segura de agua y fuego, que los otros grandiosos edificios, que tienen muchos gastos de hacienda y tiempo; pues para estos hubo artifices, abundancia de instrumentos, poder y riquezas: y para las iglesias de Cinaloa, en aquel tiempo principalmente, no habia más ayuda que el celo del Padre que las levantaba, ni más artifices que las trazas que su caridad intentaba.

Y si en estos edificios materiales fué el trabajo del P. Martin Perez tan cuidadoso y solícito, no lo fué ménos en el espiritual de las almas que doctrinaba, en las cuales, asentando el trato político que sufría su tosquedad, levantaba despues el edificio de virtudes morales y cristianas, con tan notables mudanzas de costumbres bárbaras que aquellas naciones tenían.

Los primeros veinte y seis años gastó en estos ejercicios apostólicos, y algunos de ellos en el oficio de Superior de misiones. Al cabo de este tiempo le sobrevinieron muy penosos y prolijos achaques, ocasionados así del mal

tratamiento de su persona y fervoroso ejercicio de ministerios, sobre lo que sus fuerzas pedian, como de la falta de medicinas y médicos, de que totalmente se carece en esta provincia.

Fué esto de suerte que, habiendo caido el siervo de Dios muy enfermo, no se le hizo otro remedio que sangrarle tantas veces, que vino á quedar del todo debilitado. Y otra vez viéndose muy apretado de repente de un pujamiento de sangre, sin hallar persona que supiese sangrar ni instrumento con que poder hacerlo, le pidió á un español que allí se halló, que por amor de Dios le abriese una vena con la punta de un cuchillo.

Con otros nuevos accidentes llegó á estar impedido de los pies, falta de oido, corto de vista y algo tardo en el hablar, por habersele entorpecido la lengua. Imposibilitada ya la naturaleza con tantos achaques, aunque no el ánimo y voluntad para acudir á sus prójimos, se retiró al colegio de Cinaloa á comunicar con su Dios, atendiendo solamente á grandes aprovechamientos de su espíritu.

Dijo siempre Misa los primeros nueve años de sus penosas enfermedades, y el último de su vida le llevaban á oirla aunque con mucho trabajo, en una silla á un oratorio, donde recibia ordinariamente la sagrada Comunion, y entre dia se iba por su pié al mismo lugar, aunque cayendo y lastimándose el rostro por faltarle las fuerzas del cuerpo, teniendo las del espíritu tan vigorosas que acudia siempre por sí mismo á todo cuanto necesitaba su persona y pobre aposento, barriéndole y trayendo el agua para regarle, y ejercitando otros actos más humildes, de los cuales justamente le pudieran excusar sus pocas fuerzas y muchos años gastados en servicio de Dios y en el provecho espiritual de sus prójimos, hasta que por orden del Superior se dejó ayudar en el trabajo de que era tan debido el excusarle, por más que él no lo pretendiese por su humildad.

Campeó en este apostólico varon todo género de virtudes, teniendo el primer lugar la caridad, la cual cuán subida de quilates estuviere en este venerable Padre, se puede juzgar por las veces que con efecto puso á riesgo su vida por el celo de la honra de Dios y bien de sus prójimos en tiempo de treinta años entre aquellas gentes bárbaras, que fueron tantas, que no se pueden contar.

Testigo de esta verdad el riesgo en que se halló cuando martirizaron á su compañero el P. Gonzalo de Tapia, pues el ánimo de los matadores fué acabar tambien con él, á quien nuestro Señor por sus altos fines milagrosamente guardó. Testigos las muchas ocasiones en que á los principios estuvo de ser flechado por reprender y corregir vicios bárbaros é inhumanos, que en aquellos primeros tiempos ardan en aquellas nunca tratadas naciones. Tes-

tigos tambien los caminos que todos los años hacia por doctrinar unos pocos españoles, que vivian en un real de minas llamado Baimoa, cuarenta leguas la tierra adentro de la sierra, sin tener otro socorro espiritual que el que les daba la ardiente caridad de este celoso ministro del Evangelio.

Solia decir, que eran tan diversos y poco sanos los temples de estos caminos, que unos dias no podia dar un paso por el excesivo calor, y el siguiente amanecia congelada el agua por la fuerza del frio; ocasiones todas en que se manifiesta cuán innumerables veces ofreció este siervo de Dios su vida y complexion, que era delicada y flaca, á riesgo de muerte por el Señor que amaba.

Todo esto confirmará el caso de que últimamente vino á morir, y fué, que habiéndose purgado, le llamaron el mismo dia para que diese la Extremauncion á un enfermo, y aunque el grave accidente que padecia le tenia bastantemente excusado, con todo valió más el deseo del bien espiritual de su prójimo que la estimacion de su propia vida temporal, y así, haciendo poco caso de ella, se levantó á administrar este santo Sacramento, accion de que se le originó la enfermedad de que vino á morir, y por la cual podemos llamar á este apostólico varon mártir de caridad, pues por esta ofreció su vida.

A la caridad acompañó la paciencia que en todos sus trabajos tuvo el P. Martin Perez, con tan prolongada perseverancia por tantos años en cosas y casos de exquisitas y no ordinarias penalidades que sufrió y venció, en medio de las cuales estuvo tan firme, que ni las muchas y fuertes ocasiones que los indios le dieron, y aún á veces los soldados que en ellas le hacian escolta, fueron parte, no sólo para perder la constancia de su paciencia, pero ni aún para prorrumpir en una pequeña queja ó mudar siquiera el semblante, como lo referian con admiracion los mismos soldados.

Prueba tambien de paciencia y sufrimiento fué el que tuvo en la continuacion de sus caminos, que era tal, que los indios le llamaban en su lengua el Padre que camina mucho; y si se hubieran de contar las visitas que hacia de unos pueblos á otros de los que tenía á su cargo, no se pudieran numerar, no sólo las leguas, pero ni aún las jornadas de caminos que anduvo en tantos años, y esas las hacia tan sin reparo ni defensa para los soles, aguas, calores, frios y las demas inclemencias del tiempo, que apenas llevaba con que cubrirse.

Y últimamente la mayor prueba de su paciencia fué el sufrimiento que tuvo los postreros años de su vida, en que padeció tantas y tan graves enfermedades, que parece que tenia cada parte de su cuerpo su particular dolor. En el cual tiempo no se le vió jamas despegar los labios para tomar aliento con un quejido ni suspiro, siendo así que muchas de sus llagas y enfermedades

no podian tener otro descanso, por haberlas el Padre ocultado por su mucha honestidad, sin otras que se le hicieron en las espaldas, y eran tales y manaban tanto, que necesitaba de que ordinariamente le mudasen paños, para lo cual era necesario atormentarle y renovarle dolores; y lo que más admiraba era, que no sólo no alteraban su ánimo tantos dolores, sino ántes parecia que aún en el cuerpo obraban efectos contrarios, segun era la alegría de su rostro y apacibilidad de su semblante.

Lo cual espantaba al Hermano que le asistia, que entrando algunas veces en el aposento del Padre, lo halló caido y lastimado sin poderse menear, encajado entre la puerta y la pared, y ayudándole á levantar, le preguntaba si se habia lastimado, á que respondia con boca de risa que no; y esta era tambien su respuesta ordinaria á quien le preguntaba si habia menester alguna cosa, y á la segunda vez que le instaban en preguntarle si necesitaba algo, respondia que le encomendasen á nuestro Señor; y finalmente, si instaban la tercera, con deseo de aliviar á tan santo varon en lo mucho que padecia, la respuesta era: «Rueguen á nuestro Señor se sirva de llevarme, pues no soy aquí de provecho,» mostrando con estas respuestas cuán arraigada estaba en su corazon la admirable virtud de la paciencia, de la cual dejó por último ejemplo, el que suele ser raro en enfermos, y más por tan prolongado tiempo, que nunca dió muestras de habersele antojado cosa alguna de regalo ni quejádose si no le acudian tan presto.

A su rara paciencia juntó este varon de Dios su apacible mansedumbre, de la cual dejó admirables ejemplos, siendo Superior por muchos años en las misiones de Cinaloa. Para con todos fué benigno, acomodándose á la condicion de cada uno, aunque su benignidad no fué remisa ni daba lugar á faltas, ántes bien era su mansedumbre activa y eficaz, y encaminada á la observancia religiosa, que conservó en sus súbditos todo el tiempo que estuvo á su cargo, y no sólo con los religiosos de la Compañía de Jesus, hijos y hermanos suyos, usaba esta benignidad, pero aún con los indios que doctrinaba, perdonándoles amorosamente sus ignorancias, acariciándolos como á hijos con tiernas palabras, y procurándoles ganar los ánimos y voluntades para Cristo.

La pobreza evangélica la tuvo este siervo de Dios muy en su punto, no sólo en el afecto, sino en el efecto; no sólo menospreciando por Cristo los muchos bienes que podia esperar y heredar de sus padres, sino abrazándose tan estrechamente con esta virtud, que todas sus cosas olian á pobreza; la comida pobre, pues en los principios fué solamente de maíz, calabaza y legumbres, y despues, cuando las cosas estaban más asentadas, y aún quedando como Superior en el colegio de Cinaloa, se contentaba con una co-

mida pobrísima de tasajos de vaca cocidos con agua, sin otro aderezo ni género de salsa.

Sucedió una vez que en tiempo de Pascua se juntaron los Padres en el colegio de Cinaloa, y comiendo juntos en el refectorio, se puso á cada uno un cuarteroncico de pan de trigo por la celebridad de la fiesta, que en el demás tiempo siempre era de maíz. El compañero que estaba á su lado le convidó con la parte que le habia cabido, diciéndole que él era mozo y se pasaría bien con tortilla de maíz; respondióle el santo viejo sonriéndose: «Pues Padre, yo confieso que cuando hay pan, naturalmente se me va la mano al pan con que nos criamos.» Respuesta, que aunque parece en materia menuda, es bien significativa de la grande longanimidad en privarse este siervo de Dios por tiempo de treinta años de un apetito tan connatural del pan con que se habia criado, de que aún no carecian los más retirados del desierto.

Quitábase de la boca el pan de que gustaba, y eso con mucha alegría; porque los Superiores le convidaban que fuese á descansar á Méjico, donde con abundancia lo hallaria; mas el amator de la pobreza no lo admitia por repartir el espiritual á sus hijos.

En el vestido era sumamente pobre, porque se pasó mucho tiempo con un jubon hecho andrajos á raíz de sus carnes, sin pedir camisa, hasta que muy acaso lo echaron de ver los de casa y le socorrieron. Su manteo y sotana eran muy pobres y viejos, viviendo con gran descuido en esta parte. Tampoco usó de un colchoncillo, hasta que los Superiores se lo mandaron.

Al paso de este despego de bienes temporales anduvo el de su estimacion propia, de que estuvo tan léjos cuanto se deja ver en que por todo el tiempo que vivió tuvo escondidos sus muchos talentos de letras y gobierno, con que pudiera haber lucido mucho en la provincia.

Además de sus letras, fué varon de gran prudencia y maduro juicio, y en las cosas bien difíciles que en Cinaloa no pocas veces se ofrecian, su parecer fué muy comprehensivo y acertado, aunque muy ceñido de palabras, lo cual nacia de la mucha comprehension que hacia de las materias que se trataban, y aún más de la virtud del silencio, que resplandeció en este venerable Padre de suerte que no se le oia palabra que se pudiera notar de ociosa ó demasiada, y lo mismo pasaba en sus cartas, en que iban contadas sus razones.

Con ser persona de tanto consejo y que lo podia dar á otros, de todos queria ser enseñado, con tan grande humildad, que aún en cosas fáciles, preguntándolas á otros Padres, era su término decir de palabra ó por escrito: «Enseñeme V. R. en esto y dígame lo que debo hacer,» haciéndose niño conforme al consejo de Cristo. Y quien se hacia niño respecto de los iguales é inferiores, bien se deja entender cuál se mostraria respecto de los Superio-

res, en quienes siempre miró la persona de Cristo para obedecerlos y reverenciarlos.

La insinuacion de la obediencia, aún en cosas dificultosas, era para él como expresa obediencia. En pié y descubierta habia de estar en presencia de su Superior, hasta que se le mandase sentar y cubrirse. Poco ántes de morir entró á verle el P. Rector, y, con estar ya acabado de fuerzas, se quitó el birrete que tenia en la cabeza, estándose así hasta que le hizo cubrir su Superior.

Quien en cosas tan menudas anduvo con tanto cuidado hasta la muerte, bien se deja entender la atencion con que andaria en las mayores.

Finalmente cerró la perfeccion de su humildad y obediencia, en no haber apetecido puestos lustrosos en que pudiera ocuparse, quedándose escondido en el último y más apartado rincon de la provincia, cual lo era el colegio de Cinaloa, donde no es posible asistir ordinariamente más de un Padre Sacerdote, porque los demás que á él pertenecen, asisten en sus feligresías y pueblos.

Y fué notable en este santo misionero que una vez que aceptó la peregrinacion á tierra tan apartada y destierro santo de la comunicacion de sus Hermanos, desde el punto que fué asignado á la mision remota de Cinaloa; jamas pidió ni pretendió que se le alzase su amado destierro, ni aún por los postreros años de su vida, estimando morir en él, habiéndolo aceptado por Cristo y por predicar su santo Evangelio en el desierto de la gentilidad, tan olvidado del mundo cuanto él gustaba de no ser conocido, y cuanto lo pudiera desear el ermitaño más retirado á las más remotas soledades del desierto.

El espiritual varon P. Martin Perez halló lugar en este, y se lo supo buscar para el trato familiar con Dios y ejercicios espirituales en que gastaba todo el tiempo, que como persona de suyo muy retirada, ahorra de conversar con los hombres, dándose del todo á esta celestial comunicacion, ocupándose en esto los días enteros y gran parte de la noche, en especial los diez años últimos, en que apenas podia salir de su aposento, que estuvo tan retirado en él, sin buscar desahogo de los fortísimos calores que hacen en aquella tierra, que no solamente no preguntaba las nuevas que de España y Méjico se escribian; pero aún lo que pasaba en las mismas misiones que él habia plantado, y lo que más es, nunca preguntó lo que sucedia en el colegio donde moraba.

Para los que lo visitaban tenia solas dos respuestas, una á la salucion que pedia la caridad, y otra á la pregunta de cómo se hallaba. Y despues, si no era preguntado, no hablaba, dando á entender con este su silencio el poco gusto que tenia de conversacion con los hombres, gustando y entreteniéndose con la que continuamente tenia con su Dios.

Del P. Martin Perez decia uno de los Superiores que tuvo, varon de mucho espíritu, que veneraba en él á un Pablo ó á un Hilarion; y en este pensamiento concurren otros muchos de la Compañía, que decian habian satisfecho con ver á este venerable varon el deseo que tenian de ver las vidas que hacian aquellos santos Padres antiguos del yermo, muertos del todo al mundo y á sus cosas.

Llegando una vez al colegio á visitarle el capitan que gobernaba aquella provincia, y entrando un soldado de su parte á darle aviso de cómo estaba allí, le respondió el Padre: «Diga Vm. al señor capitan que estoy rezando las Horas, y así no puedo hablarle.» Respuesta de que no se sintió el capitan, que conocia y estimaba al muy religioso Padre, que en este tiempo sólo gustaba de su retiro con Dios, y así se volvió muy edificado y el Padre prosiguió con su santa devocion.

En la leccion espiritual fué tambien muy puntual, atento y continuo, y en el libro de que para ella usaba hallaron muchos papeles y apuntamientos de materias espirituales, que el Padre notaba para fijarlos más vivamente en su memoria.

De los favores y regalos que en trato tan continuo con Dios recibió, se pudiera decir mucho, si no lo hubiera encubierto su grande silencio.

Finalmente, estando ya en el retiro de sus ocupaciones y santo ocio de su espíritu, le llamó el Señor para sí, enviándole tres meses ántes una calentura que por todo este tiempo le tuvo en la cama tan atormentado y flaco, que se vió obligado á estar casi inmóvil, sin poderse mover de un lado á otro, lo cual llevaba con tal paciencia que ponía admiracion á los que lo veían.

Recibió todos los sacramentos, y faltándole despues por tres días el uso de los sentidos, no le faltó el uso de levantar su corazon al Señor, diciendo entre dientes versos de salmos, conforme su costumbre convertida ya casi en naturaleza.

Fué ésta poco á poco faltando, y acercándosele al P. Martin Perez el premio de sus santos y prolongados trabajos, durmió en el Señor á los 24 de abril de 1626, á los sesenta y cinco de su edad, cuarenta y nueve de Compañía y treinta y uno de profesion en ella, y más de treinta de misiones, donde ejerció los heróicos actos de señaladas virtudes, que quedan por mayor apuntados.

Ganó el venerable P. Martin Perez para con Dios nombre de ministro fiel de su Evangelio; para con los de la Compañía, estimacion de insigne misionero, ajustado y observantísimo religioso; para con todos los de la provincia de Cinaloa, nombre de padre y reverencia de santo, que aún hasta hoy vive su memoria en los corazones de todos; y él lo ganó por haber llevado las

primeras luces de nuestra santa fe y los primeros rayos de los misterios divinos, siendo confundador de su cristiandad con el santo mártir P. Gonzalo de Tapia, con que se puede decir, que un mártir y un confesor santo la fundaron.

Hace mencion de este insigne varon el P. Andrés Perez en su *Historia de las misiones de Cinaloa* en varias partes de ella, principalmente en el libro 5.º, cap. XXII.

P. ANDRADE.

H. FRANCISCO DE CASTRO

MANDABA Dios en la Ley antigua, que partiesen igualmente los despojos en la guerra los que servian en los reales y los que salian á la batalla; porque no se debia ménos la victoria á los primeros, que con su trabajo sustentaban los soldados, que á los segundos, que peleaban con la espada contra los enemigos. Y en su Evangelio dice Cristo, que el que hospeda al Profeta, recibirá el premio del Profeta, y el que sustenta al Justo, el premio del Justo; porque ni el uno ni el otro pudieran trabajar ni servir á Dios en sus oficios, si las personas piadosas no los hospedaran y sustentaran con su trabajo: todo lo cual se verifica en las personas espirituales y legas, que por sí no pueden predicar ni tomar el oficio de convertir almas, pero pueden igualar en mérito á los que las convierten, ayudándolos con su trabajo y sirviéndolos: con lo cual tendrán parte en su predicacion y en las conversiones que hicieren, y merecerán igual premio, como sucedió al H. Francisco de Castro, cuya vida escribimos, el cual gastó treinta y tres años, los mejores de su vida, en servir y sustentar con el sudor de su rostro y el trabajo de sus manos á muchos predicadores apostólicos en la provincia de Cinaloa; y si, como dice Cristo, el que sustenta al Profeta, tendrá premio de Profeta; este bendito Hermano, que sustentó los mártires, tendrá premio de mártir, por haberlos servido, y sustentado, y acompañado hasta la muerte, y padecido por ellos muchos y grandes trabajos.

Nació este dichoso Hermano en una corta aldea de Sevilla, llamada Ginés.

Sus padres eran honrados y ricos, segun su calidad, de lo mejor de su tierra, y tenian á su cargo las haciendas del Marqués de Villamanrique, con quien